

A pecar que son dos días

—¡Siéntate derecha! ¡Cuidado con el acompañamiento de la mano izquierda! ¡Cíñete a la partitura y no te inventes nada!

A día de hoy, estas palabras de Mariana, la Rottenmeier que me daba clases de piano, siguen retumbando en mi cabeza. Recuerdo que un día se me ocurrió decirle que en Historia de la Música nos habían hablado sobre el tritono, ya sabes, ese intervalo de notas que fue prohibido en el medievo porque creían que era la música del demonio, y me contestó que si no quería mandar todo el curso al diablo, siguiera estudiando la obra del examen. Debía tocar la partitura tal y como estaba escrita ejecutando cada uno de los signos marcados. Solo podía interpretar lo impuesto por la dictadura de aquellos pentagramas.

Desde pequeña me he salido de la norma. Yo creo que por influencia de la música, y no la del conservatorio, precisamente. Los discos de jazz que ponía mi padre me hacían pecar de perezosa. Pensaba que aquellos músicos que improvisaban de un modo tan natural, no estudiaban y se dedicaban a tocar libremente sin que nadie les dijera cómo debían hacerlo. Cuando escuchaba temas de blues con tristes melodías, la ira se apoderaba de mí y me rebelaba contra todos. Los primeros porros a ritmo de reggae me daban muchísima hambre y con gula devoraba todo lo que hubiera en la nevera. El metal me hizo caer en la avaricia: un grupo conocido en la escena heavy bilbaína me invitó a unirme a ellos y abandoné a mis amigos de siempre. Y después, llegó la época dorada del pop y mi deseo de convertirme en la nueva Madonna vasca me hizo caer en la soberbia.

De aquello ha pasado mucho tiempo, y aunque sigo pecando de lujuria cuando el ritmo funky del “sex machine” se mete en mi cuerpo o cuando la envidia me corroe al ver la buena estrella que tienen algunas bandas de rock, me siento libre para tocar lo que quiera. Y para vivir según mis propias normas. Y para pecar sin importarme el qué dirán.

Salgámonos del pentagrama y ¡a tocar que son dos días!